

Recuerdo aquellos días en que presentaba yo mis letrinas como aparatos capaces de acelerar la circulación de las materias orgánicas. Entonces promovía el reciclaje y, mirando hacia atrás, veo que era lógico que pensara así. Desde temprano me habían inculcado que *scripta manent*, lo escrito sobrevive a quien lo dictó. Así, me había acostumbrado a creer en la permanencia del pasado. Había aprendido a concebir la memoria como un pizarrón en el que se conserva todo, tal como fue.

Hasta que un día, oyendo a José Merlin contar-nos por tercera vez la misma historia sobre Sabinillo, su pueblo en la Mixteca Baja, me di cuenta de que el recuerdo no tiene que ver con la memoria. El recuerdo recrea los hechos, siempre semejantes y nunca iguales. La memoria los embalsama, los canaliza y los circula. Y entiendo que esta memoria, la que conserva tal cual lo dicho, es producto de una tecnología: sin el alfabeto no existiría ni se podría imaginar. Desde entonces, pienso que es así con todos los desechos. Lo que ustedes llaman el desecho es el análogo materializado de aquello que desde Aristóteles se ha llamado la memoria, o más precisamente, el "saber". Así como las leyes de la memoria determinan la sobrevivencia del pasado, la ley de conservación de la materia había engendrado en mí la ilusión de *stercora manent*, que todo excremento se conserva. Y, proyectando ésta, mi ilusión sobre el pasado, me había convencido de que, bajo muy distintas expresiones, todas las sociedades tradicionales habían reciclado sus desechos y lo habían hecho además en una forma más completa que nosotros. Guiado por este modo de pensar, andaba yo proponiendo a los campesinos nuevas técnicas para aproximarse otra vez a un ideal perdido. Fue la analogía entre la memoria occidental y el desecho moderno lo que disipó mi ilusión. Entendí que el desecho moderno, apto para ser conservado, tratado y circulado por el ingeniero, es tan novedoso como la memoria que el alfabetizador desarrolla en sus clientes.

Nosotros los alfabetizados somos incapaces de imaginar una forma de existencia con recuerdos vivos y sin memorias. Algo análogo sucede en el caso de los desperdicios o "restos". Particularmente en nuestro ambiente de tecnologías verdes, somos incapaces de concebir la despreocupación de todas las culturas del pasado con el desecho sin, al mismo tiempo, imputarles una capacidad de reciclaje que hoy estaría fuera de nuestro alcance. Temo que la ecología, y no sólo la tecnocrática sino incluso y sobre todo la blanda, esté en vías de legitimar el concepto capitalista de circulación. Todo historiador serio sabe que la idea de que una materia pueda recorrer un ciclo conservando su identidad aparece sólo a fines del siglo *xvii*, cuando casi simultáneamente se formulan los conceptos de circulación de la sangre, de la moneda, y de las ideas. Para entender el sentido que tuvieron las cosas en una sociedad pasada, es absurdo analizarla por medio de conceptos con mucho posteriores a ella. Y esto lo hacemos cuando buscamos en el pasado desechos que pueden ser reciclados.

Sin embargo, aun más grave que la tendencia a imputar nuestros emblemas mentales al pasado, es nuestra ceguera sobre lo que es en realidad el desecho moderno. A pesar de todas las ilusiones que proyectamos sobre el pasado, sé por experiencia que resulta más fácil hacer ver lo que era la vida sin el desecho moderno que definir aquello que hoy en día así se llama. Los efluvios históricos, los excrementos, miasmas, muges, tientos de otros tiempos, eran aspectos concretos de la encarnación de culturas; aquello que nosotros hoy nombramos el desecho es algo encarnado, culturalmente destructivo, la materialización de la negatividad.

Mis compañeros de México y yo nos vimos obligados a dar un nombre a este algo, y no era tarea fácil. Por buenas razones, nos decidimos a acuñar un término técnico. Creamos para este algo el neologismo de "des-valor". Sólo usando un término artificial podíamos designar el campo de nuestra investigación sin proyectar de antemano sobre él las connotaciones que impregnan los términos históricos para los restos sociales. Me quedará con el término, porque el propó-

* Conferencia dada en el "Primer Seminario Latinoamericano sobre Soluciones de Bajo Costo para Excrementos, Aguas Negras y Basura", Medellín, Colombia, julio de 1987. Reproducido de "Tecnopolítica", Doc. 87.06, Cuernavaca, México (mimeografiado).

sito de demostración hoy es subrayar la novedad de un fenómeno sin precedentes. Prefiero correr el riesgo de exagerar la ruptura de este fenómeno con toda realidad pasada, más que apoyar la ilusión de una esencial continuidad entre los restos de ayer y los restos de hoy. En esta conferencia no puedo analizar ni exponer el concepto de desvalor, lo hará Gustavo Esteva inmediatamente después de mi ponencia. Tampoco quiero sucumbir a la tentación de contarles lo mucho que habría que contar sobre las historias bien distintas del excremento, de la suciedad, del mal olor, de la podredumbre. Me limitaré a la especificidad del fenómeno del desvalor. Y esto lo haré intentando aclarar algunas de las razones por las cuales la percepción pasada de los restos no permite captar lo que nosotros entendemos por desvalor.

Cada sociedad tiene su propia manera de calificar los restos, y también de valorizarlos. Algunas de las maneras tradicionales de referirse a los desechos son las siguientes:

1. Lo que se tira fuera de la vista;
2. Lo que se empuja al otro lado de la frontera;
3. Lo que ha decaído, se ha reintegrado al suelo o se ha vuelto irreparable;
4. Lo anticuado, que valía en otro tiempo;
5. Lo malgastado, que hubiera podido llegar a su término y no llegó;
6. Lo venenoso, que da poder a los malévolos;
7. Lo impuro, con lo cual hay que evitar todo contacto.

Sin embargo, la esencia del desvalor no se deja capturar en estas categorías.

El desvalor no es una cosa: es una mera relación. Basta aquí con decir que el desvalor es la relación entre las culturas y el sistema económico. Yo prefiero decir: es la relación entre la cordura popular y el monstruo que engendra un sueño de la razón nombrado economía. Es la mentalidad económica que se burla de la cordura; el sueño del desarrollo que resta sentido a todas las corduras de la tradición. Este sueño transforma en aparente acto de locura el confiar en mis propios pies. Este sueño ha llenado el mundo con sillas de ruedas que me estorban y son una amenaza cuando quiero caminar, y que ponen mis lugares de destino fuera del alcance de mis pies. Este mismo sueño, que transforma mis andanzas en espera de autobuses, también paraliza mi recordar, mi recreación del pasado, y los sustituye por memorias que yo retiro de bancos de datos. Entre más quiero recordar, más me siento prisionero del sueño. Sabiendo que es una

pesadilla, no logro despertar. Lo que me ata a la pesadilla son los fantasmas de cordura que se infiltraron en ella. Y cada una de las migajas de cordura cultural que así se filtra por mi sueño económico es reducida a oro, es decir, redefinida como un valor. La vida frágil y tierna es transmutada por este sueño en una cantidad mensurable, en algo mejorable y acumulable. La cordura define lo que es bueno, la economía lo que es mejor.

Ahora bien: los valores que el sueño de la razón crea carecerían de legitimidad si no se presentaran como las cosas buenas de todos los tiempos, que ahora se ponen al alcance de todos y, además, con mejor calidad. Esta es la trampa. Si el transporte se viera por lo que es: parálisis de las andanzas, y la educación por lo que es: degradación certificada de las mayorías, y la memoria por lo que es: embalsamamiento de los recuerdos vivos, obviamente perderían mucho de su lustre. Las grandes metas del desarrollo se verían como campañas de destrucción. El transporte aparecería como destructor de un ambiente en el cual los pies sirven para algo, la escuela como monopolizadora del sentido. De esta trampa, muchos de nosotros ya hemos salido. Pero hay otra peor. Consiste en hablar del desvalor con aquellas palabras que siempre sirvieron para designar los males inherentes a la vida social. Para los que han caído en esta segunda trampa, los costos del desarrollo parecen soportables porque los encubren con referencias a los costos que todas las sociedades —en una forma u otra— tuvieron que asumir.

La meditación sobre el desecho moderno ofrece la ocasión de deshacer esta ilusión de continuidad. Y lo único que quiero sugerir con mi ponencia es la existencia de una brecha mental, de una discontinuidad epistemológica diría Foucault, entre el desecho y la materialización del desvalor.

Sin duda hay productos modernos de los cuales no nos podemos deshacer en las formas indicadas por el idioma tradicional. Frente a estas sustancias, los léxicos históricos de los restos están desvalorados. Las palabras tradicionales son incapaces de decir dónde se pueden esconder las sustancias tóxicas de Bhopal, más allá de qué fronteras puede ser barrida la basura radiactiva de Chernobyl, o a qué suelos pueden agregarse los excrementos cargados de mercurio. Si seguimos usando palabras tradicionales para designar la mezcla íntima de caca y de metales pesados que corre en el drenaje urbano o la combinación de restos alimenticios, de sales y plásticos llevados fuera de la ciudad por camiones compactadores, sólo podremos reforzar la ilusión de que nuestra relación con los restos tradicionales tiene algo en común con la que

tenemos con las nuevas realidades en las cuales se materializa el desvalor.

Como les dije, soy ingeniero. Trabajo en el campo de México, y también en la ciudad. El dominio de mi competencia: las letrinas. En mi trabajo con la gente, me molesta cada vez más oír a mis colegas hablar de excrementos y basuras domésticas en términos que los hacen comparables al material irradiado de una planta nuclear. Oigo, como una disonancia casi dolorosa, que nombran "basura atómica" esta forma de materialización del desvalor y siento la misma molestia cuando los oigo decir que tratan la caca en "sistemas de recirculación integral".

He llegado a entender que la mierda, cuando no es tratada, procesada y recirculada por ingenieros en reciclaje, no materializa ningún desvalor. Y, para la mayor parte de los hombres y de las mujeres de

América Latina, el sudor, el olor de la piel o las excreciones del cuerpo no han sido transformados en necesidad de desodorantes o de water-closets. Espero que nuestra reunión no contribuirá a hacerlos necesitados de expertos ecológicos.

Hay un derecho no reconocido por las Naciones Unidas: el derecho de cada pueblo a su propia mugre. Este derecho hay que defenderlo contra los higienistas que pretenden estandarizar la mierda para volverla estéril, contra los ingenieros sanitarios y civiles que quieren expropiarla, contra un cierto tipo de ecologistas que quieren mistificarla, aplicándole el concepto industrial de reciclaje. La reivindicación del derecho a la mierda propia es quizás nuestra última defensa contra la penetración del desvalor en nuestras entrañas.

